

CELIA DEL PALACIO

LAS MUJERES
DE LA
TORMENTA

Diseño e ilustración: Estudio la fe ciega / Domingo Martínez
Imágenes de portada: © Shutterstock

© 2019, Celia del Palacio

Derechos reservados

© 2019, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: abril de 2019
ISBN: 978-607-07-5756-3

Primera edición impresa en México: abril de 2019
ISBN: 978-607-07-5755-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra dirijase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

Para Regina Martínez, Susana Chávez, Marisela Escobedo, Josefina Reyes Salazar, Flor Alicia Gómez López, Libertad Hernández, Malú Reyes Salazar, Luisa Ornelas, Digna Ochoa, Bárbara Lezama, Isabel y Reyna Ayala, Agnes Torres Hernández, y para tantas otras activistas muertas en los últimos años cuyos nombres e historias, para nuestro oprobio, hemos olvidado.

Para mis amigos del estado de Veracruz y para el amor que me trajo aquí. Él, con su valor civil (esa cualidad de la que ya casi no se habla), me recuerda cada día que todavía hay esperanza.

Para Ale, por todo lo no dicho. Con todo mi amor.

I

PRIMERA LIBRETA EL INICIO

Septiembre de 1552

Los gritos de los marinos y la algarabía de las gaviotas anunciaron la cercanía de la costa. Unas horas más tarde se vislumbraba desde la proa del viejo navío portugués el islote de San Juan de Ulúa entre la bruma. El capitán de la carraca maniobraba con dificultad para llegar a puerto a fin de que la nave no quedara destrozada entre los arrecifes, siguiendo punto por punto al lanchón guía.

Era una labor compleja, dada la precaria profundidad de no más de cuatro brazas y la cercanía con el islote, al que se habría podido brincar desde la cubierta, así como la escasa maniobrabilidad de la nave. Sólo los expertos en el arte de marear se podrían enorgullecer de haber logrado llegar hasta el puerto más importante de la Nueva España sin contratiempos.

Por fin, al mediodía la embarcación quedó asegurada con gruesas sogas en el muro de las argollas, junto a otras naos de la flota española que ya desalojaban las bodegas de sus preciosos cargamentos destinados a los mercados del nuevo reino.

Junto al navío, atados a las mismas argollas, estaban los galeones que custodiaban a la flota para resguardarla de los piratas. En su camino de regreso a España, las naos llevarían oro y plata para el rey, además de los productos del nuevo mundo:

azúcar, cacao y tabaco, aves canoras de plumajes coloridos..., un mundo de sabores y olores que encontraba asiento en los vientres de los baros que surcarían las aguas y desafiarían los peligros de la mar en el tornaviaje.

Apenas había unas cuantas casuchas en el islote, además del muro de las argollas: la Casa de las Mentiras, donde se alojaban los escasos españoles y los negros trabajadores en el tiempo de arribo de las flotas, el mesón donde descansaban los recién llegados, además de unas cabañas de madera que más parecían chozas de salvajes que casas donde viviera la gente. La torre de la capilla estaba en construcción y los negros del rey, incansables, hacían reparaciones al muro de las argollas, así como a la isla misma, que estaba en constante deterioro por la acción del oleaje sobre el coral; otros esclavos conducían las «chatas»: lanchones que habrían de llevar las mercancías río adentro, hasta Veracruz, a unas cuantas leguas de la isla.

Cuando la carraca quedó firmemente unida a la edificación, tanto por las amarras como por un ancla del lado de la tierra para evitar que se la llevara uno de los frecuentes nortes, comenzó la actividad de descarga. El navío no traía ni vino ni vinagre. Ni siquiera podía decirse que fuera a bajarse de él azogue para el beneficio de la plata, proveniente de las minas de Almaguer.

La recién anclada carraca *Madredeus*, con bandera portuguesa, traía a las costas de la Nueva España un cargamento triste: esclavos africanos destinados a la subasta, a la venta y distribución, hacinados en su espaciosa bodega. Viajaron con grilletes en los tobillos durante todo el trayecto desde las Canarias. Encadenados en grupos de seis, hombres, mujeres y niños fueron obligados a permanecer unos contra otros, para ocupar el menor espacio posible.

Al abrir la puerta, una brisa fresca con el olor de las mercaderías apiladas en el precario muelle inundó el oscuro bodegón

y llenó a todos los prisioneros de deseos. Por el contrario, el tufo que salía de las entrañas de la nave resultaba insoportable para los que permanecían en cubierta: eran los desechos de casi seiscientas personas allí hacinadas y los cuerpos descompuestos de los que no habían sobrevivido, todavía encadenados, con las moscas saliendo y entrando de sus bocas abiertas. El espectáculo habría sido intolerable incluso para los captores, si no lo hubieran mantenido oculto en las tinieblas de aquel lóbrego recinto bajo la cubierta.

Uno de los marineros más atrevidos, un negro musculoso, ataviado con un pantalón de manta y un chaleco de brocado al uso de los moros, fue el único que se atrevió a entrar en aquel lugar abandonado por el cielo. Con un manojo de llaves que traía al cinto, abrió las cerraduras y candados de los prisioneros; cuando todos fueron liberados, les ordenó con malos modos abandonar la nave.

Los esclavos fueron saliendo de su lúgubre morada, medio ciegos, dando trompicones y apoyándose en la tapa de regala a duras penas. En cuanto se acostumbraron un poco más a la luz, fueron cruzando la cubierta bamboleante de la carraca, hasta bajar al muelle, donde enormes negros medio desnudos y cubiertos de sudor amontonaban odres de vino, de aceite y de vinagre, toneles de aguardiente, conservas, brea y los atados multicolores de textiles y cordobanes que habían viajado a través del océano en las naos de la flota y serían llevados a lomo de mula tierra adentro.

Allá iban los hombres y mujeres, desacostumbrados a la marcha después de las semanas de inmovilidad; los enfermos se apoyaban unos en otros para alcanzar una bocanada de aire salobre en la cubierta, y algunos, impacientes, atropellaban y se tropezaban a fin de ser los primeros en pisar la tierra americana.

El guardia los vigilaba con mirada acuciosa. Les gritaba que apuraran el paso, que no se detuvieran, que siguieran caminan-

do hasta las chatas que esperaban para llevarlos a tierra. Unos comprendían, otros no, pero todos oían la voz de trueno, el chasquido del látigo sobre la madera de cubierta.

La mayoría de los recién llegados estaba a bordo de las chatas cuando salió Mwezi, que se había quedado rezagada. Era una joven que había dado a luz en el barco y traía a una pequeña, a la que había nombrado como ella, prendida de su pecho. Tenía las carnes firmes y la agilidad de una gacela. Su nombre significaba Luna. La habían llamado así por la manera en que la luz de la reina de la noche se reflejaba en su piel.

Como a muchos de los prisioneros, a ella la habían capturado los comerciantes bereberes enemigos de su pueblo —una pequeña aldea situada cerca de las costas de Guinea— después de la batalla en la que se había perdido todo. Sus padres habían muerto en la defensa, así como sus hermanos y su marido. A los sobrevivientes, sus captores los habían conducido atados en una larga marcha, para venderlos después en una feria a los esclavistas portugueses que los llevaron a Cabo Verde y luego a las Canarias.

Ahí los blancos los bautizaron a todos con nombres que no reconocían y que la mayor parte de ellos ni siquiera comprendió; una vez clasificados según la altura, complexión y edad aproximada, los embarcaron en las naos, cuidando que no fuera más que un grupo de cada aldea y que no pudieran comunicarse entre ellos. Su destino era ser vendidos o subastados en algún lugar de la Nueva España. Todos los cautivos comprendían bien que, una vez vencidas sus tribus y habiendo sido apresados por los esclavistas, lo mismo daba un destino que el otro: la vida como la habían conocido había terminado.

El miedo y la emoción de haber llegado a un mundo nuevo embargaron a los tripulantes de las precarias embarcaciones, que, sin embargo, aun a aquella distancia, alcanzaron a oír el llanto de la recién nacida llamando la atención del guardia. Se

echaba de ver que el gigante marroquí estaba de mal humor: desesperado por dar por concluida la jornada, beberse un trago y escapar del sol. Él podría hacerlo pronto en el bodegón de la banda de tierra frente al islote, mientras que a los esclavos los dejarían a pleno sol en las chatas hasta quién sabe qué horas. La recién nacida, por su parte, no dejaba de llorar, resintiéndose el viento salobre y la sequedad de los pechos de su madre, alimentada durante todo el trayecto sólo con maíz cocido. La joven la mecía con espanto, intentaba hacerla callar murmurando ternezas, pero nada resultaba. El guardián, impaciente ante la lentitud de la joven madre, harto de los berridos de la criatura y asqueado del insoportable tufo de las bodegas, arrancó a la niña de los brazos de la chica y la arrojó al piso, donde quedó inmóvil.

La chata quedó en silencio ante la escena. El sonido hueco de la cabeza de la niña contra el maderamen del barco fue como el golpe seco de la mano de un guerrero contra el cuero del tambor en las fiestas de Eleguá. Todo entonces ocurrió muy rápido: la joven madre se liberó del brazo del gigante y se inclinó ante el cuerpo inerte de la criatura, lo agitaba inútilmente. Un gemido brotó de su boca: agudo y quedo al principio, pero luego convertido en el bramido de una fiera herida.

A los que estuvieron presentes aquel día les costaba creer lo que pasó después: Mwezi, ciega de ira, se abalanzó hacia el marroquí y, con una fuerza que nadie hubiera creído posible en una pobre esclava recién parida y muerta de hambre, sin que nadie pudiera impedirlo, despojó al guardia de un puñal que cargaba al cinto y se lo clavó en el cuello. El guardia murió en el acto, sin reponerse de la incredulidad: una mujer, casi un espectro, había logrado lo que ni siquiera los más feroces corsarios ingleses o los marineros del Mediterráneo habían podido hacer.

Mwezi todavía alcanzó a clavar el puñal otras tres veces, desquitándose con el enorme guardia de las atrocidades que

había visto, del susto, de la rabia, de la impotencia ante el destino. Así la encontraron los marineros: cubierta de sangre, proferiendo alaridos de triunfo que todos los negros acompañaron desde las chatas, y se la llevaron arrastrando hasta el castillo de proa. El capitán, después de santiguarse ante tal prueba de salvajismo, para escarmiento de todos, la condenó a recibir cien azotes en la cubierta misma del navío, atada al palo de mesana.

Ante los ojos atónitos de todos los presentes, Mwezi recibió con valentía los azotes. Sus ojos eran puro fuego al mirar hacia aquellas tierras desconocidas que no prometían sino males sin fin para los esclavos. No se quejó ni una vez mientras el látigo rompía sus carnes. En cambio sus labios proferieron maldiciones en el nombre de la diosa madre, protectora de la orgullosa nación lucumí. Con ronca voz de moribunda imploró:

—*Yeyé O, yeyé O...*

Aquella plegaria a la graciosa madre, *olutoju awon omo*, la que vela por todos sus hijos, la madre Oshún, la nacida de las aguas que juró proteger a los esclavos, quedó para siempre grabada en el recuerdo de todos, negros y blancos, aunque no la comprendieran:

—¡Que tu furia, que no conoce límites, caiga sobre nuestros agresores!

Los azotes abrían la carne de la condenada y el silencio se fue apoderando de la isla mientras Mwezi invocaba el nombre de Oshún, la inmensa, la poderosa mujer que no puede ser atacada:

—*Gbada muf badamu obirin ko See gbamu*, ¡que brame la tempestad y que ningún hombre logre detener tu furia!

Mwezi apenas podía tenerse en pie, pero seguía implorando a la madre benévola, a la reina del río, en voz audible hasta para los esclavos encaramados en las torres, en las chatas, en los bateles.

—*Yeyé onikii, obalodo*, ¡que el agua invada la tierra, inunde los campos y pudra los alimentos de nuestros captores!

El castigo no se detuvo; la plegaria no fue suficiente para hacer dudar al recio marinero portugués que no comprendía ni una palabra, que no sabía quién era Oshún, que nunca había oído su nombre y que ignoraba que ella era la diosa del río que el rey no puede agotar, la que hace las cosas sin ser cuestionada.

—*Oshún abura-olu* —clamaba Mwezi—, ¡llama en tu ayuda a Shangó el poderoso, a Iké, el implacable, y que corra la sangre sin cesar, que el agua acabe con todo lo construido y lo nacido de la tierra!

Las nubes cubrieron el sol de mediodía y el viento comenzó a soplar. Los esclavos de manos sangrantes que trabajaban en las albarradas de coral detuvieron su labor; los cargadores sudorosos bajaron por un momento las mercaderías de sus espaldas, y los recién llegados temblaban de espanto al sentir los pasos sigilosos de la mujer que se apodera del camino y hace a los hombres correr, la que cierra a los hombres blancos los caminos.

—*Obirin gbona, okunrin nsa* —alcanzó a suplicar Mwezi con el último hilo de voz—, tú, que defiendes a tus hijos como fiera, ¡cae sobre los hombres blancos y no tengas compasión!

Mwezi había muerto mucho antes de que se cumplieran los cien azotes y sin embargo no le fueron perdonados; su cadáver era sólo un montoncito de huesos y piel ensangrentada en el palo de mesana cuando el castigo terminó.

Tanto los esclavos como los negros libres permanecían inmóviles, en voz baja suplicaban compasión a la madre benévola y misericordiosa que a veces, cuando ríe, mata.

El viento comenzó a soplar desde el noreste con mayor fuerza y las nubes se acumularon sobre el islote de múcara. El cielo se fue poniendo negro y los truenos retumbaron más allá de las montañas.

Los marineros asustados corrieron a asegurar las naves, y los recién llegados que habían comprendido las palabras de

Mwezi temblaban sobre las chatas que habrían de conducirlos a tierra. Todos menos uno: el último que había quedado en las bodegas del barco y que había presenciado de cerca la sangrienta escena de la muerte del guardia. Era muy joven, casi un adolescente, y llevaba en brazos a la pequeña recién nacida que se llamaba como su madre; aunque inmóvil, no había muerto tras el golpe del marroquí. Entre las ropas de la criatura, había guardado el arma homicida, a la que nadie había prestado atención: era un puñal de acero damasquinado de hoja de doble filo encorvado en forma de S, de los llamados *kamjar*, usados por los moros; tenía un ser fantástico grabado en el mango: cabeza de águila con cuerpo de león, al cual rodeaban dos serpientes enlazadas.

Nadie le puso atención al muchacho: el corto viaje hasta la Vera Cruz fue ajetreado debido a la fuerza del viento que levantaba la chata sobre las olas. Apenas alcanzó la embarcación a tocar tierra firme cuando las voces y aspavientos de los habitantes de la villa conminaron a los esclavos a buscar refugio: los vientos del norte soplaban con furia, parecían luchar contra los otros vientos, y en esa lucha hacían remolinos de arena sobre los médanos.

Los esclavos fueron agrupados a toda prisa en los almacenes junto al río, aunque antes de ser nuevamente prisioneros, habían podido ver desde la chata la pequeña población con edificaciones blancas que esperaba entre los árboles junto al río. Veracruz era entonces apenas una villa con menos de quinientos habitantes. Estaba rodeada de guayabos, almendros y cocos de Guinea que refrescaban el aire del calorón de la costa. El río Huitzilapan lamía perezoso sus orillas e iba a dar a la playa de Chalchihuecan, la diosa de las faldas de jade. Por ese río entraban los lanchones con mercancía destinada a todo el reino, que se albergaba en grandes almacenes o atarazanas para ser conducida por los comerciantes tierra adentro.

Cuando los nuevos amos los hicieron entrar al almacén, al verse libres de las cadenas, todos respiraron con alivio el aire húmedo del interior, a pesar de que hacía calor. Entonces fue que los esclavos se fijaron en el joven. Se llamaba Ñyanga, y apretaba el bulto inmóvil de la recién nacida contra su pecho.

—Está viva —murmuraba una y otra vez, como si fuera una plegaria.

¿Por qué la había recogido si su propia vida pendía de un hilo?, se preguntaban los prisioneros. ¿Con qué iba a alimentarla? ¿Cómo iba a cuidarla? Seguro que el muchacho no había pensado nada de eso cuando vio a la pequeña en el piso cubierto de inmundicias. Sabían que Mwezi, su madre, era la joven más bella de la cargazón y que su piel brillaba como si en el cuerpo le hubieran frotado el polvo de la luna. Sabían que ella había perdido a toda su familia y que, aun así, había resistido valiente las vejaciones sufridas durante el largo recorrido desde las doradas estepas de la tierra de Antes. La habían visto dar a luz en el barco, sin más ayuda que la de otras pobres mujeres muertas de hambre y de cansancio; habían observado cómo amamantaba a la criatura en la oscuridad, cantándole arrullos cuando la furia del mar o los lamentos de los enfermos perturbaban su sueño.

—¿Cómo no iba a recogerla? ¡La criatura estaba respirando! —le confesó Ñyanga a uno de sus compañeros cuando se acercó a preguntarle.

Tenía razón. Tal vez si otro hubiera estado cerca, también la habría recogido. La recién nacida era una guerrera protegida por Oshún, la diosa que cuida a las parturientas y a los recién nacidos, y a una guerrera no se la abandona, aunque por el momento no pudiera valerse por sí misma.

Al anochecer los blancos llevaron comida. Era mejor que la del barco y comieron con ansias el arroz, el garbanzo molido y el trozo de tocino. Para la sorpresa de todos, cuando la pequeña

abrió los ojos intentando adaptarse a la luz y lanzó algunos gemidos, no sólo Ñyanga exhaló un suspiro de alivio, sino todos los hombres y mujeres a su alrededor, que también habían estado pendientes del destino de la criatura.

Carire, una mujer que había parido días después que Mwezi, había perdido a su hijo antes del desembarco. Aunque la criatura estaba exánime y tiesa, la mujer se había rehusado a abandonarlo. Con mirada perdida en el recuerdo de la tierra de Antes le cantaba nanas jurando que despertaría en cualquier momento. No había querido dejarlo en la nao a pesar de las palabras de sus compañeras que quisieron hacerla entrar en razón.

La ilusa, al oír llorar a la niña, sin decir nada dejó el bultito informe en un rincón, arropándolo con cariño, y le ofreció su pecho a Mwezi. Al principio la nena desconoció el cuerpo, el olor, pero luego chupó, sin poder despreciar el alimento y el calor. Como si aquello significara una victoria para todos, los esclavos batieron las palmas y algunos entonaron cantos de alabanza a Nuestra Señora Oshún.

Acababan de acomodarse entre la paja, intentando conciliar el sueño cuando oyeron los aullidos. Los vientos del norte luchaban con los del este con mucha mayor furia que aquella tarde y lanzaban alaridos siniestros que más parecían las almas de los muertos que sólo el aire.

—Son ángeles vengadores. Son ángeles del mal que la negra que murió esta tarde ha mandado a perseguir a sus asesinos —dijeron los comerciantes de la ciudad que habían presenciado la escena en San Juan de Ulúa.

—Es la furia de Dios Nuestro Señor, que conoce nuestros pecados —dijo el párroco de Veracruz.

—Esto, por la furia del viento norte y todos los vientos de la aguja, se ve que es huracán derecho —dijo el alcalde mayor.

Los cautivos no decían nada. Y aunque pertenecían a diferentes naciones, los arara y los bram, los lucumí y los malavar,

los mandinga y los bambara, los mondongo y los carabalí, todos con una sola voz, murmuraban los nombres de Oshún y cantaban juntos para apaciguar su furia.

La lluvia azotaba los techos y aunque el fragor del agua era tremendo, los prisioneros escuchaban a la gente dentro de sus casas encomendándose, con todas sus fuerzas, a aquel dios que les era extraño. Negros y blancos por igual deseaban que amaneciera de una vez y cesara la tormenta.

Pero la lluvia no paró. Al amanecer caía tanta agua del cielo que fue imposible decir misa. Los habitantes de Veracruz se refugiaron en sus casas, con las puertas y ventanas atrancadas y desde ahí, al igual que los esclavos en su barraca, vieron pasar los grandes árboles de los patios y los de los montes que los vientos habían arrancado de raíz.

Unas horas después, el agua iba creciendo de tal modo que el río se salió de su cauce y se metió en todas las calles y plazas con gran ímpetu; las olas se llevaban las construcciones débiles a su paso: las casas de madera, aun las de adobe y hasta las tapias fueron arrastradas por la tempestad.

Ya bien entrada la mañana, el alcalde mayor salió a caballo con los alcaldes y regidores de la ciudad a dar aviso a los vecinos para que buscaran refugio de inmediato, con sus mujeres e hijos. Entre gritos y súplicas al señor de los cielos, salió la gente llevándose lo que pudo de sus haciendas a los médanos y a los montes, porque la crecida del río era inminente. Luego se supo que esa tormenta era mucho mayor a cualquier otra que hubieran visto los blancos trasterrados. Cuando el río se llevó una buena parte de las casas y la ermita se inundó, la gente, aterrorizada, se fue a todo correr, dejando las mercancías atrás, sin importarles perder todo.

Para la tarde, el río iba muy crecido por las calles, a la altura de un hombre y a veces de dos; anegó las plazas y derribó las bodegas donde estaban las mercaderías: por las calles iban

nadando las pipas de vino, los barriles y botijas de aceite y vinagre, cajas de jabón y otras muchas mercaderías. Dicen que todo fue a parar a la mar; ahí las riquezas de los blancos se perdieron o quedaron enterradas entre los médanos.

En medio del maremágnun, los comerciantes de esclavos llegaron a liberarlos rompiendo las puertas. Ya el agua había anegado el almacén y los negros habían tenido que subirse a los escasos muebles. Casi todos se salvaron en las barcas que los llevaron a los médanos y tierra adentro. Desde ahí pudieron ver —arrimados unos contra otros, ateridos, empapados— cómo había quedado la villa: totalmente inundada, de tal modo que parecía que el mar había cubierto las sabanas y campos por más de dos leguas; y por el río iban tan grandes las olas que eran mayores que las que solía hacer la mar cuando andaba en muy gran tormenta, con un fragor que producía pánico. Así pasaron la noche, guarecidos en el precario refugio de los floripondios y las madreselvas.

Esa noche el alcalde mayor anduvo por las calles en una barca grande recogiendo a cantidad de hombres, mujeres, niños y esclavos que se quedaron en los techos de sus casas y que no se salieron al monte creyendo que la corriente no iba a ser tan grande como fue.

Las mujeres y los niños lloraban y daban de gritos en los tejados, pidiendo misericordia a su dios para que los librase de tan gran borrasca y de muerte tan espantosa. Algunos jóvenes valientes anduvieron en las canoas sacando a la gente de sus casas, a los enfermos, mujeres y niños. Por momentos el agua entraba a las barcas, inundándolas y llevándose a su paso cofres con joyas, sacos de doblones y todo lo que sus dueños habían llevado consigo. Luego se supo que el agua entró hasta la iglesia, incluso hasta el altar mayor, pero la creciente no alcanzó ni llegó, por milagro, al tabernáculo dorado donde estaba el Santísimo Sacramento.

Amaneció el domingo en los médanos y todavía el cielo estaba nublado. La creciente del río seguía a toda velocidad su camino. Era tan grande que rompió los médanos que estaban en lo bajo de la ciudad yendo para la mar, a la banda del norte, junto con los árboles que ahí había. No habrían bastado fuerzas humanas de ningún príncipe cristiano ni pagano para mover los montes de arena, pero el río pudo con todo, abriendo así una nueva boca de agua.

Los habitantes de Veracruz apenas podían creer a sus propios ojos tan gran fortuna: si los médanos no se hubieran roto media legua más allá de la villa, la creciente habría subido a tal altura que todos los guarecidos en la escasa altura de los montes se habrían ahogado, porque la creciente era mucho más alta que aquel refugio. Con la nueva salida al mar, en el transcurso de pocas horas la corriente fue bajando, y entonces aparecieron los destrozos.

La iglesia y el sagrario estaban llenos de cieno. Casi toda la ciudad quedó azolvada de arena y lama, los instrumentos de labranza enterrados, así como barriles, botijas, cazos y otros enseres. La mayor parte de las casas, incluso las de piedra, se había caído, y las que quedaron estaban tan mal paradas que no se podía vivir en ellas ni recoger las mercaderías de España; por en medio de algunas de ellas, el río había hecho corriente, inutilizando las huertas y los solares. Las barcas de descargo estaban hechas pedazos, y las chatas y bateles se habían perdido, así como una buena parte del ganado.

En el puerto de San Juan de Ulúa once navíos se fueron de lado, a pesar de estar bien amarrados. El viento estrelló en la costa a un par de galeones de veinte quintales al servicio de Su Majestad; la furia del mar echó tan profundamente en tierra a un navío de doscientos toneles, que se podía entrar en él a pie. No escaparon tampoco de la tempestad dos barcas del trato de Tabasco, cargadas de cacao.